

Taller de Debate “Violencia, poder y género”

A cargo de Roberto Briceño-León, realizado en el marco del Observatorio
“Ciudad y Violencias de Género”

El Taller de Debate del cual se da cuenta en esta publicación, realizado en Santiago el 15 de abril de 2008, se enmarcó en el Observatorio Ciudad y Violencias de Género, uno de los componentes del Programa Regional Ciudades sin Violencias hacia las Mujeres: Ciudades Seguras para Tod@s, de UNIFEM. Este Programa Regional, que cuenta con el apoyo de AECID, es realizado en Chile por SUR.

El Observatorio es una iniciativa conjunta de SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, el Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM) y ONG de Desarrollo Cordillera. Su objetivo es constituir un grupo de reflexión y debate en torno al tema de las violencias urbanas y la percepción de inseguridad, realidades que se agudizan en los sectores más pobres. Las preguntas que articulan este Observatorio son: ¿Cómo recomponer la convivencia en los asentamientos pobres? ¿Cómo entender un conjunto de violencias que afectan indiferenciadamente a las mujeres y varones disminuyendo sus posibilidades de desarrollo e integración? ¿Cómo recuperar los barrios pobres en tanto territorios propicios para la convivencia, y cuáles serían las herramientas útiles para este propósito?

Roberto Briceño-León es sociólogo, doctor en Ciencias Sociales y profesor titular de la Universidad Central de Venezuela, director del Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) y coordinador del Observatorio Venezolano de Violencia. Es miembro del Comité de investigación social y económico de la Organización Mundial de la Salud y fue el creador del grupo “Violencia y Sociedad” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Tiene el nivel más alto en la clasificación de los investigadores de Venezuela (Nivel IV) y ha sido profesor invitado en universidades de Inglaterra, Francia, México y Brasil, así como asesor en programas de investigación e intervención en Asia, África y América Latina. Es autor de numerosas publicaciones sobre el tema de la violencia en Venezuela y América Latina, entre ellas Ciudad y capitalismo (1986), La casa enferma (1990), Violencia, sociedad y justicia en América Latina (2002), Morir en Caracas (2003), Fin a la violencia: tema del siglo XXI (2004), Violencia de Venezuela (2007), y su última entrega, Sociología de la violencia en América Latina (2008).

PAULA RODRÍGUEZ M.
Corporación SUR
Santiago de Chile

APROXIMACIONES CONCEPTUALES A LA VIOLENCIA URBANA

Dr. Roberto Briceño-León

La violencia urbana y la inseguridad personal se han vuelto un tema central en las preocupaciones de las personas y en las políticas públicas: de los gobiernos; y no es para menos, pues los homicidios han ido escalando posiciones y hoy aparecen entre las primeras cinco causas de muerte en la mayoría de los países de América Latina. Haré, por lo tanto, una presentación puntual, breve, sobre un tema tan amplio, planteando algunos puntos de discusión con algunas evidencias, para, a partir de allí, abrir la discusión. Propondré un enfoque para el análisis de los factores sociales que inciden en la existencia de la violencia urbana. Me referiré a su contraparte en las ciudades: el temor y sus consecuencias. Examinaré algunos de los componentes culturales y de género que le dan características particulares a la violencia según su ocurrencia en nuestra región y los cambios que comienzan a verse en estos aspectos, deteniéndome de manera especial en la violencia en la pareja. Concluiré con un planteamiento general acerca de las conductas femeninas y masculinas en relación con la violencia y sobre cómo podemos prevenirla.

1. NIVELES DE ANÁLISIS DE LA VIOLENCIA

En primer lugar, quisiera presentar el marco sociológico general con el cual nosotros, en el Laboratorio de Ciencias Sociales (Lacso, Venezuela) trabajamos la violencia. Básicamente, en todos los estudios sobre violencia se afirma que ella es multicausal, multifactorial, vale decir, que en ella hay múltiples elementos que se debe considerar. Esto lleva a que, en su análisis, uno de los primeros problemas que surge es cómo dar orden a esos elementos.

Al respecto, nuestra propuesta es clasificar los factores que inciden en la violencia en tres tipos diferenciados, estableciendo así tres niveles de análisis:

- un nivel macrosocial, o los factores macrosociales que **originan** la violencia;
- un nivel meso o mediosocial, o los factores que **fomentan** la violencia; y
- un nivel microsociales, o los factores que **facilitan** la violencia.

Son escalas distintas, son maneras distintas de enfocar la realidad de la violencia.

En el nivel macrosocial, entre los factores que **originan** un incremento de la violencia encontramos, en primer lugar, la desigualdad social. Los países, las zonas, las ciudades donde hay más violencia son aquellos donde se vive más desigualdad social. La violencia no solo está vinculada a la pobreza, aunque esta es un factor importante. En Brasil, la violencia no se encuentra en las regiones más pobres —en el Nordeste, por ejemplo—; se encuentra en São Paulo, en Río de Janeiro. En Venezuela, los estados más pobres no son los más violentos. La mayor pobreza de Latinoamérica la encontramos en Haití, en Bolivia, que no son países violentos. En cambio, donde hay contrastes sociales, donde hay desigualdad, sí tenemos un incremento importante de la pobreza urbana, el componente urbano de la violencia: entre 1980 y 2002, la Cepal contabilizó más de 120 millones de nuevos pobres urbanos.

Otro factor que origina la violencia es el ocio juvenil, esto es, la existencia de jóvenes que no trabajan ni estudian, y que en Caracas, por ejemplo, llegan al 28 por ciento de la población de varones entre 15 y 18 años. Y uno se pregunta: ¿y qué hace un muchacho entre los 15 y 18 años que no trabaja ni estudia?

A esta situación que afecta a la población juvenil debemos añadir que algunos mecanismos de control social tradicionales —fundamentalmente, la familia y la religión— dejaron de cumplir su función de

soporte. Y hay un factor agravante, como es la enorme asimetría entre las expectativas de los jóvenes y la capacidad de satisfacerlas. Un joven que apenas ha estudiado dos, tres años, casi analfabeto, que trabaja —si es que trabaja— con un sueldo mínimo en Río de Janeiro, en Caracas o en Cali, tiene exactamente las mismas aspiraciones que un muchacho de clase media alta que estudia en la universidad, cuyos padres son profesionales, a quien le acaban de regalar un carro. Aspira al mismo tipo de zapatos... Esto es, las expectativas se homogeneizaron, y aquello que en los años sesenta se llamaba la “revolución de las expectativas” se dio, pero no ocurrió lo mismo con las capacidades de satisfacerlas.

Estos son factores que originan la violencia en las ciudades.

En el nivel mesosocial están los factores que **fomentan** la violencia; que no son causa última, en el sentido aristotélico, pero sí la estimulan. En este ámbito, un elemento importante es la organización ecológica de las ciudades. Nosotros encontramos, por ejemplo, que en las zonas pobres de Caracas, o en Medellín —ciudades que tienen cerros, y donde las zonas pobres están en los sectores altos—, aquellos lugares que tienen cuatro escaleras para subir al barrio son menos violentos que los que tienen una escalera, porque allí donde hay un solo acceso, este es fácilmente controlable por las bandas juveniles, por las bandas de ladrones. Ahí hay un factor territorial, de diseño, que me parece importante.

Un segundo factor en el fomento de la violencia tiene que ver con la cultura de la masculinidad, con el hecho de ser hombres. A esto me referiré más adelante.

Otro factor en el fomento de la violencia es, en muchos países de la región, la existencia de cambios significativos en el mercado de la droga a partir de los años ochenta, fundamentalmente derivados de tendencias de los modelos empresariales —en especial el *outsourcing*—. Uno de ellos es que, antes de los años ochenta, al vendedor de droga se le pagaba en dinero, y a partir de entonces, se le empezó a pagar en droga. Con esta modalidad, el individuo puede hacer dos, tres, cuatro, cinco veces más que antes, pero ello significa que para poder “realizar el valor” —en el sentido clásico de la economía— tiene que vender más droga, lo que a su vez genera un conflicto social importante.

Un último componente importante entre los factores que fomentan la violencia es la impunidad en que quedan los delitos. La situación en general del sistema judicial es dramática en términos de la violencia: en general, en ninguna o casi ninguna de las sociedades de nuestra región se atribuye responsabilidad a más del 10 por ciento de los homicidas. Esto significa que en 90 por ciento de los casos de homicidio no se conoce al autor; y entre los que son identificados, en general es castigado menos del 3 por ciento.

En el nivel microsociales, los elementos que **facilitan** la violencia pueden ser un factor muy importante en su existencia —importante incluso para las políticas públicas—, pero no son necesariamente causales de ella. Básicamente encontramos dos: la capacidad ofensiva de las armas de fuego, y el consumo de alcohol en una sola sesión.

La posesión de armas de fuego es un elemento facilitador de la violencia, pero en sí misma no es causa. Costa Rica es un país donde hay un alto índice de posesión de armas de fuego, donde es fácil comprarlas, pero no es un país violento. Chile es un país con niveles bastante altos de posesión de armas de fuego, y no es un país violento, como lo pudiera ser Brasil, donde hay normas más reguladas sobre armas de fuego, pero donde se dan otros componentes que inciden en la existencia de violencia social. No obstante, hay un incremento en la posesión de armas de fuego en toda América Latina que ha llevado a una cada vez más marcada tasa de homicidios por ese medio: la de nuestra región es tres veces mayor que la de África, que es la segunda región en tasas de homicidio por armas de fuego. Este incremento tiene que ver con el mercado de la droga, con la entrega

de armas a los vendedores de droga, el comercio ilícito de armas, el reciclaje de las armas...

En referencia al consumo de alcohol: en gran cantidad de estudios no se ha encontrado asociación directa entre la violencia y el consumo de droga, pero sí se la ha encontrado con el consumo de alcohol. Esto puede deberse a que no contamos con las herramientas técnicas para captar la presencia de drogas en la sangre en las víctimas o en los victimarios, o porque muchas de las drogas actúan como adormecedoras (aunque haya algunas aceleradoras) y por ello no conducen a la violencia inmediata. En cambio, el alcohol es un gran desinhibidor y eso facilita las manifestaciones violentas.

2. VIOLENCIA Y GÉNERO

La violencia tiene un componente de género importante, y ese componente actúa básicamente en relación con los hombres: la violencia es un asunto de hombres, la violencia urbana es asunto de hombres. Y es así en todos los países.

Según datos de las tasas de homicidios para hombres y mujeres, en países como Colombia es de 116 para hombres, y para mujeres, 9. En el Salvador, 108 para hombres, 8 para mujeres. Chile es de los países con tasas más bajas: 5,4 para hombres, 0,8 para mujeres. En Venezuela, la tasa de homicidios era media en 1994, y hoy ya no lo es: es 29,7 para hombres y 2,3 para mujeres. Si uno hace un cálculo con las “razones de ventaja” (*Odds ratio*: el cociente entre las oportunidades de que un evento suceda en un grupo y las oportunidades de que suceda en otro grupo), el cálculo da que los hombres tienen diez, once, doce veces más probabilidades de ser víctimas de homicidio que las mujeres. Es decir, el homicidio es un asunto de hombres, en primer lugar. Tiene algo que ver con la cultura masculina y, muy en particular, con los hombres.

Ahora, ¿cómo podemos entender que en todos los países —los de tasas de homicidio más altas y los de tasas más bajas— se encuentre lo mismo? ¿Esto es, que entre el 90 y el 95 por ciento de las víctimas de homicidio sean hombres? Nos referimos a homicidios —aunque no es el delito más amplio en términos de ocurrencia de violencia— porque es el delito fuerte en el cual tenemos las estadísticas más sólidas y confiables, donde el porcentaje de datos oscuros o en sombras son menores. Esto por muchas razones, entre ellas que los homicidios casi nunca se pueden ocultar; no es necesario denunciarlos, pues frente a ellos la policía actúa de oficio.

Las cifras a las que me he referido corresponden a datos recopilados por la Organización Mundial de la Salud; es victimización reportada, esto es, no es de oficio sino lo que cada quien reporta. Cuando se analiza las cifras utilizando correlación múltiple, se encuentra que las mujeres no son en general victimizadas y los hombres sí lo son. No se trata de que las mujeres no lo sean, sino que no lo son en la misma magnitud que los hombres. También hay una diferencia entre edades: los más jóvenes son los más victimizados. Y en muchos casos, los de menor nivel educativo son menos victimizados, porque en general son los que tienen mayor edad.

Volviendo a la pregunta, ¿por qué los hombres mueren más, por qué son más víctimas de la violencia que las mujeres? En algunos casos —por ejemplo, cuando hay una situación de guerra, como en El Salvador— mueren más porque son soldados. Ahora, ¿por qué los hombres son los que son soldados? Esa es una discusión de género más de fondo, pero en principio, de entrada, uno entiende que los hombres son los que van a la guerra y las mujeres se quedan en la casa, están menos expuestas y mueren menos. Pero, ¿qué pasa cuando no hay guerra? ¿Cómo podemos explicarlo cuando no hay guerra, como es el caso de la mayoría de los países que estamos viendo, en que si hay guerra, es una cotidiana, es urbana, es la de todos los días?

Una interesante explicación de la diferencia en la posibilidad de ser víctimas de violencia entre hombres y mujeres remite a las conductas protectivas de las mujeres. En ellas hay una conducta

de protección, básicamente la que llamamos *conducta de evitación*. El término “evitación” no es muy bonito en castellano, pero la mujer tiene una cultura de *evitar*: evita el conflicto, evita el enfrentamiento, evita el riesgo. Eso forma parte de su cultura, y se lo puede encontrar en una gran variedad de países. Si hay un conflicto en una fiesta, el hombre quiere ir y trezarse a golpes; la mujer dice “no pelees, ven para acá”. Ella evita. Si hay un callejón oscuro, la mujer no se mete; dice “no, mejor no nos vayamos por ahí”. El hombre se mete.

La conducta de evitar el riesgo, de evitar exponerse, es una conducta femenina, generalizadamente femenina.

Lo singular en estas materias es que, en términos de sociedad, esta situación genera un conflicto importante, porque la evitación está asociada a un comportamiento femenino y a la cultura femenina. Y si está asociada a la cultura femenina; el problema es con los hombres y con la construcción de la cultura de la masculinidad, en la que la evitación no debe darse, sobre todo cuando se trata de jóvenes. Para un hombre, evitar es asumir una conducta femenina y los hombres no deben hacerlo. Cuando ya casi no se tiene pelo o se tiene el pelo blanco, eso no importa mucho; pero si se tiene 15, 16 años, sí importa, y mucho. Ese es el momento de construcción de identidad, y el joven no puede asumir ninguna conducta asociada a una conducta femenina. Lo que encontramos en los estudios sobre la cultura del respeto y el enfrentamiento entre los jóvenes, es que evitar la pelea es visto como una actitud de mujer. Y si es una actitud de mujer, en el Caribe le dicen “¡ay, papá!”, lo que significa un desprestigio terrible para el hombre, una pérdida de su masculinidad muy grande.

El hombre no puede ni debe evitar el conflicto, el enfrentamiento. Hay juegos juveniles e infantiles que marcan culturalmente esta dinámica. Por ejemplo, hay un juego-agresión masculino muy marcado, que es agarrarle la nalga a otro hombre. El hombre que se deja agarrar la nalga está fregado; el joven que a los 15, 20 años se deja agarrar la nalga, está fregado. Si se lo hacen, tiene que salir y enzarsarse a golpes, porque eso le exigen el respeto y la cultura. Si se somete, asume la cultura femenina. Muchas veces pasa que las mujeres van a una fiesta, a la mujer le agarran la nalga y la mujer no se lo dice a su marido, por miedo de que salga a pelearse: es la cultura de la evitación. Ese comportamiento, que es protectivo, es de la mujer. El hombre no lo asume y, así, en la cultura de la masculinidad, el suyo se convierte en un comportamiento de riesgo.

Entonces, la cultura de la masculinidad es una cultura de riesgo, de enfrentamiento, de exposición. La de la mujer, de evitación y protección.

3. COMPONENTES DEL TEMOR ANTE LA VIOLENCIA URBANA

La violencia urbana implica una situación de temor y miedo generalizados en la vida urbana, que afecta a la sociedad en general. Por ejemplo, en Caracas, la gente ha sentido temor en su casa, en las calles, en su lugar de trabajo y en los medios de transporte. Es una sensación absolutamente normal en la vida urbana: el 70 por ciento de la gente ha experimentado miedo en sus casas; el 87 por ciento, en los medios de transporte.

En casi todas nuestras sociedades el miedo empieza a generalizarse, y su ocurrencia ocupa un lugar mayor que las probabilidades reales de ser víctima; vale decir, el miedo adquiere una dimensión muy superior al riesgo: esa es una de las características de la violencia y el miedo urbano. Es semejante a lo que le pasa a mucha gente que siente miedo al subirse a un avión, cuando las probabilidades de ser víctima en una accidente aéreo son muchísimo menores que las de ser víctima de un accidente de carro en una autopista cualquiera. Esa es la construcción social que se hace del miedo.

Si se siente miedo en los distintos lugares que la gente ocupa, y el mismo aumenta a medida que la persona se aleja de su casa, ¿qué es lo particular de este miedo generalizado? ¿Cuál es el componente, la contraparte inmediata del temor en términos urbanos?

Un primer componente del temor urbano es una *pérdida de libertad* y una *pérdida de la ciudad*. Ante el temor, las personas se inhiben. ¿Cuál es la respuesta inmediata frente al miedo?: “No salgo”, “no voy a ciertos lugares”. Según una encuesta sobre el temor que hicimos en Caracas, Venezuela; Rio de Janeiro y Salvador en Brasil; Cali, Colombia; San José de Costa Rica; San Salvador en El Salvador; Santiago de Chile y Madrid, España, un 65 por ciento de la gente ha restringido sus horarios para ir de compras; para las actividades de trabajo, un 45 por ciento; para asistir a lugares de diversiones, 67 por ciento. La gente deja de salir, deja de ir a ciertos lugares a ciertas horas, y eso es una pérdida de la libertad.

Entonces, lo que el miedo marca, de manera importante, es una pérdida de la ciudad, una pérdida de la libertad en el uso de la ciudad; la pérdida de un derecho, como es el derecho al uso de la ciudad. Este miedo es generalizado entre hombres y mujeres, y es similar entre ambos. Sin embargo, en algunas circunstancias hay diferencias. Estas diferencias vienen dadas por las relaciones con los espacios, que no son solo construcciones físicas, sino también construcciones sociales: allí se da la relación entre lo público y lo privado: la casa y la calle. Y esas relaciones son diferentes para hombres y mujeres. En muchos casos, mientras se percibe la calle como lugar masculino, se concibe la casa como una construcción propiamente femenina: es el *locus* femenino, es un *domino* femenino. Por supuesto, esto es una generalización, ya que hay hombres muy caseros y mujeres que están mucho en la calle, pero en general es así.

Ahora bien, en principio, la calle ha sido el lugar de la violencia y la casa el lugar de la protección, y eso se mantiene en la relación de los espacios públicos y privados. Sin embargo, el incremento general de la violencia ha hecho que esto no sea tan cierto. Hace un par de años, en diciembre, la secretaria de nuestro Laboratorio estaba de vacaciones, y en su barrio —que está en una zona pobre de Caracas— se armó una balacera. Ella estaba con su hijo en la sala de su casa, fue a cerrar la puerta, y un disparo le dio en el pie. Y esto le pasó en la casa. La casa, en el incremento generalizado de la violencia, empieza a dejar de ser un espacio de protección. Según un estudio reciente, en las zonas pobres de Caracas varias familias están poniendo doble línea de bloques en las paredes de las casas: no *un* cerramiento de ladrillo, sino *dos*, para evitar que las balas los traspasen.

Un segundo componente del miedo en las ciudades está relacionado con las *trampas urbanas*, con la forma de las calles y con la iluminación. Hay gran cantidad de aspectos del diseño urbano que favorecen la ocurrencia del miedo. Por ejemplo, en Caracas, los lugares cercanos a los puentes o a los ríos son sectores donde se da mucha violencia, en los cuales es muy fácil tomar a una persona y secuestrarla. Gran parte de las violaciones se ha dado en estas zonas, en las cuales la propia ciudad no genera protección.

Estamos hablando ahora de la variable de ecología de la ciudad, de organización urbana. Por ejemplo, es muy importante la iluminación. Es el caso de una zona en Caracas donde antes los postes de alumbrado eléctrico daban a la calle para iluminar a los carros, y en la que se logró mejorar la seguridad con el sencillo expediente de poner un doble foco, uno hacia la calle y otro hacia la acera. El solo hecho de iluminar la calle e iluminar la acera dio mucha protección. De manera semejante, hace poco menos de diez años, cuando Cardoso lanzó un programa importante contra la violencia en Brasil, una de las medidas centrales de inversión fue el alumbrado público.

Hay también muchas trampas de diseño. Por ejemplo, en Caracas tenemos unos edificios construidos a fines de los años cincuenta por Carlos Raúl Villanueva —quizá el más importante arquitecto venezolano, muy a lo Le Corbusier—, con planta libre abajo y muchos espacios abiertos. Pero resulta que estos espacios abiertos no eran apropiados por nadie y resultaron muy facilitadores de la violencia. Un segundo elemento en el diseño de estos edificios que favorece la violencia es el ahorro en los ascensores. Estos llegan, por ejemplo, al piso 8 y al piso

12; entonces, quien vive en el piso 9 tiene que usar las escaleras, que tienen iluminación artificial. Esas escaleras son el gran lugar de tráfico de drogas. Sencillamente, las bandas, los jóvenes quitan las bombillas y se genera una cueva donde es fácil atracar a alguien.

Hay, así, elementos del diseño que pueden favorecer o no a la violencia.

4. VIOLENCIA DE PAREJA: INTERACCIÓN EN LAS CONDUCTAS VIOLENTAS

Respecto de la violencia de pareja, frecuentemente se la ha trabajado como una violencia en la cual hay un agresor. Así, se encuentra en ella *elementos de poder* que están siempre en la violencia de género, entendida de partida como violencia de los hombres hacia las mujeres.

Frente a esa perspectiva, podemos ver los datos de un estudio hecho por Lacso, el cual fue aplicado en distintas ciudades. Básicamente, se hizo a partir de una encuesta donde la gente reportaba violencia activa y pasiva, o sea, agredir o ser agredido. Y en este enfoque, lo que los resultados indicaron como factor significativo fue la *interacción*.

¿Qué es la interacción? A las personas que gritan, les han gritado; las personas que abofetean son personas abofeteadas; a las personas que pegan con objetos, les pegan con objetos. Hay una interacción en el tenor de la violencia, que hace que sea mutua y sea de respuestas. Por supuesto hay casos en los que se ha abofeteado y la pareja no abofeteó. Claro que los hay, pero cuando se examina el volumen de los datos, lo que es significativo estadísticamente, lo que llama la atención, es que la violencia es interacción.

¿Qué pasa aquí? ¿Cómo puede entenderse esto? Se lo puede leer de muchas maneras. Una manera muy particular de verlo es que las mujeres no se están dejando pegar. O sea, si les pegan, devuelven el golpe.

Pero yo he querido colocar un componente teórico reflexivo más allá de esta interpretación, el de la interacción, porque la única manera de pensar en detener la violencia es detener los mecanismos de interacción. Si no se los detiene, lo que se tiene sistemáticamente es solo un cambio en el tenor de la agresión.

Cuando empezamos a examinar cuáles eran los rasgos de las parejas que las hacían más violentas, encontramos que había más violencia entre las parejas que tenían unión libre, más que los casados; los menos educados más que los educados; los desempleados, más que los empleados; los que no van a ningún culto religioso —cualquiera que sea— más que los adscritos a alguna fe; encontramos más violencia entre aquellos a quienes les gustan los programas violentos, los que consumen más de cinco tragos diarios, los que tienen armas.

Cuando realizamos el estudio con información más cualitativa, nos preguntamos, por ejemplo, ¿qué pasa con los empleados?; ¿por qué hay más violencia en las parejas donde el hombre está desempleado?

En esta perspectiva, uno de los elementos que apareció como muy marcado tenía que ver con el *uso de los espacios*. El hombre que estaba desempleado perdía poder. Dada nuestra cultura, era el proveedor, el que tenía el dinero y, a partir de eso, podía controlar a la familia. Pero si el hombre estaba desempleado, estaba todo el día en la casa; y si estaba ahí, tenía más probabilidad de pelear más con la mujer, fastidiarla más, incidir más, meterse en las cosas de la casa. Estaba entrando, ocupando el territorio que en muchas de las familias populares es un territorio propiamente femenino.

5. MUJERES Y VIOLENCIA

En general, lo que se encuentra en los distintos países es un aumento en la victimización de las mujeres. Pero si bien hay un incremento de

las mujeres como víctimas, también lo hay de las mujeres detenidas en delitos —aunque esto no llegue a alterar radicalmente los datos mencionados antes—, lo cual tiene diversas explicaciones.

En primer lugar, el delito está incorporando a las mujeres porque son consideradas *menos sospechosas*.

Por ejemplo, sistemáticamente la droga está usando cada vez más a mujeres. Por despertar menos sospechas, las mujeres son las que se encargan de movilizar la droga entre los distintos puntos de la ciudad, y también internacionalmente. La policía ve a un joven hombre con un morral, lo detiene y le pregunta qué lleva ahí; pero si ven a una mujer con un niño y una bolsa de pañales, nadie le pregunta qué tiene debajo de los pañales. Ese elemento, que es un componente de la percepción policial respecto de los “sectores peligrosos” —como se los llamaba en la criminología de hace un siglo, “los sectores sociales peligrosos”— ha marcado la pauta. Ahora el delito lo ha empezado a usar, por lo que las mujeres están en mucho mayor riesgo que antes.

Igualmente, los grupos violentos están incorporando cada vez más a la mujer, no en la línea de fuego, pero sí en situaciones de riesgo. Las mujeres están en los robos a bancos, a viviendas. Actúan distrayendo, despistando, informando si viene la policía. Y las están incorporando porque son menos sospechosas: si dos mujeres entran a un banco con un bolso grande, no llaman atraen mucho la atención; pero si dos hombres lo hacen, inmediatamente llaman la atención de los vigilantes.

Por otra parte, hay una *masculinización* del comportamiento femenino. ¿Conocen el libro *Rosario Tijeras*? Es una novela colombiana, de Jorge Franco, de la cual también hicieron una película, cuyo personaje central es una muchacha extremadamente violenta. Allí la violencia sencillamente es respuesta a las violencias, pero también es una forma en que la mujer está trabajando su igualdad, en el sentido de que el control territorial y los grandes negocios los tienen los hombres violentos. Las mujeres en el barrio dicen: “¿Por qué los hombres son los que van a manejar completamente este negocio? Nosotras también podemos manejarlo”. Así, han entrado a imitar el éxito de los hombres violentos con actuaciones violentas. Se están situando en un nivel cercano a los hombres, no de iguales magnitudes, pero sí importante. Por ejemplo, las cárceles de mujeres han empezado a llenarse no solamente de mujeres que simplemente traficaban, o mujeres que simplemente han herido al marido, sino que empiezan a entrar en contextos de violencia mucho mayores.

La mujer, en general, apoya menos las respuestas violentas a la violencia, y la mayoría de los estudios indican esto. Sin embargo, hay algunos cambios que empiezan a llamar la atención: en general, las mujeres no apoyan las acciones extrajudiciales de la policía, las acciones ilegales de la policía, pero sí apoyan crímenes horrendos. Un elemento muy particular allí, en el que tienen que haber aspectos singulares de género, es que en muchos casos —por ejemplo, en Perú y Bolivia—, las mujeres han participado activamente en los linchamientos, de una manera muy fuerte, lo cual indica un cambio del comportamiento femenino.

Si se analizan datos estadísticos que intentan vincular violencia con sexo y edad, se encuentra una contraposición: los hombres apoyan mucho más el comportamiento violento y las mujeres lo rechazan en general. Cuando el cruce se hace por edad, se encuentra que las mujeres de más de 51 años tienden a apoyar menos el comportamiento violento que las menores de 30 años. Hay un cambio en el patrón, un cambio cultural que se va dando a partir de la edad, entre mujeres y hombres.

Sin embargo, quiero llamar la atención sobre un punto. En el estudio se preguntó: ¿Usted está de acuerdo con un padre que mata al hombre que violó a su hija? ¿Está de acuerdo con los individuos que matan a alguien que está aterrorizando la comunidad? ¿Está

de acuerdo con los que empiezan a matar por “limpieza social”? Según las respuestas, el nivel de aprobación en Santiago para los distintos casos es el siguiente: para quienes matan al que viola a la hija, 53 por ciento de aprobación; en el caso de un linchamiento de la comunidad, 19 por ciento; limpieza social, 5 por ciento. En Brasil es similar, también en Cali.

Es muy singular el nivel de aprobación en estas materias. Si se intenta pensar —en términos clásicos jurídicos— lo que sería la igualdad o la similitud que debe existir entre la acción y la respuesta, entre el delito y el castigo, un individuo que aterroriza a la comunidad comete un delito muchísimo mayor que el que violó a una muchacha. Sin embargo, el valor de lo familiar es tan grande que está por encima de las otras situaciones. Entonces, hay un elemento cultural que forma parte de la manera como se evalúa el castigo, y el castigo dado —en este caso— extrajudicialmente.

6. CONCLUSIÓN

La violencia de género debe pensarse, en primer lugar, en el contexto de la masculinidad y la feminidad. Es decir, debe pensarse a partir de la construcción de lo que es ser hombre y lo que es ser mujer, y cómo el ser hombre o ser mujer ayuda o no ayuda a comportarse frente al riesgo, en términos de la violencia concomitante a determinadas situaciones o circunstancias.

En segundo lugar, la violencia de género debe pensarse en el contexto de las relaciones equitativas, frente al hombre, frente a la mujer, frente a los distintos grupos sociales, y en el contexto del medio ambiental, en el hábitat y el contexto urbano en el cual se produce. Porque la violencia en América Latina es sustancialmente urbana, básicamente urbana. Es un problema de las ciudades y que se ha dado fundamentalmente en las ciudades. Las violencias rurales —que pueden ser terribles, como en el caso de movimientos políticos en México y Colombia—, realmente empalidecen en comparación con lo que ocurre a nivel urbano, y que ocurre fundamentalmente entre hombres. Pero ahora empieza a ocurrir también entre las mujeres, y esto quizá tiene que ver con la masculinización, que se da, por ejemplo, en el ingreso cada vez mayor de las mujeres a las fuerzas armadas.

De todo esto, parte de mi conclusión personal es que muchas veces se intenta masculinizar el comportamiento femenino, hacerlo similar al comportamiento masculino. Por ejemplo, en Estados Unidos hubo varios movimientos feministas que plantearon equiparar las penas de hombres y mujeres frente a determinados delitos. Un caso: la legislación de muchos países contempla que si un hombre atrapa a su mujer con otro hombre y la mata, el adulterio de la mujer es un atenuante de su crimen. En el caso inverso, si una mujer atrapa al hombre con otra mujer y lo mata, el adulterio no es atenuante. Entonces, esos movimientos proponían que para la mujer también fuera atenuante. Está bien, pero eso es favorecer la violencia.

Lo que planteo es que debe ser al contrario: que las conductas masculinas tienen que hacerse mucho más femeninas, y que gran parte de las conductas protectivas de la mujer y de la cultura de la feminidad son las que deben imponerse en la sociedad, para proteger a sus miembros y disminuir la violencia.

RONDA DE PREGUNTAS

Jorge Cisternas (Defendamos la Ciudad)

Me sorprende el valor que usted le da al concepto de cultura de la feminidad y cultura de la masculinidad. ¿Hasta qué punto podemos hablar de la cultura del hombre y de la mujer? Creo que hay cosas de la cultura femenina y de la masculina que se dan de manera diferente en los distintos sectores sociales y en determinadas épocas. ¿Qué tanto esos factores van cambiando en mi realidad, en mi contexto?

Creo que es importante diferenciar entre la violencia emocional,

impulsiva, y la violencia racional, entendiéndolo que esta última es la que se efectúa con premeditación y en función de un objetivo concreto. En cambio, la impulsiva es aquella en que la persona se ve cometiendo el acto violento sin haberse imaginado hace dos minutos que lo iba a hacer.

Ahora, en el caso chileno, vemos como factor estructural en la existencia o no existencia de la violencia barrial, la integración de la comunidad. Allí donde la comunidad está integrada, donde se conoce, donde se encuentran las personas en el espacio público, los niveles de violencia son muy inferiores a aquellos de barrios donde la comunidad ha dejado de encontrarse y ocupar el espacio público. En esto incide, por supuesto, la forma de hacer ciudad. En Chile se han impuesto las grandes tiendas, los grandes *malls*, los grandes supermercados, lo cual ha barrido con el comercio tradicional y barrial. El principal motivo por el cual las personas salían a la calle y se encontraban, era comprar dentro de los barrios. Hoy día eso no ocurre, por lo que se está produciendo una desocupación del espacio público. Aquí se da una responsabilidad de las autoridades en la forma de hacer ciudades.

Dr. Briceño-León

Respecto de los conceptos de cultura, para mí son siempre contingentes. Yo no estoy hablando de cultura, digamos, “más allá de la historia”. Cuando hablo de la cultura de la masculinidad y de la femineidad, me estoy refiriendo a la cultura de la masculinidad y la femineidad que existe en nuestras ciudades hoy en día, aunque eso puede cambiar.

Este enfoque nos ha ayudado a entender lo que es en los hombres la *cultura del respeto*. El respeto masculino está basado en su identificación masculina, definida como opuesta a la femineidad y a la evitación. Esto es algo que hemos encontrado más allá de nuestras culturas; hemos hecho comparaciones con ciertas ciudades norteamericanas, y hemos visto que se da algo más o menos similar, aunque no lo mismo.

Sobre los dos tipos de violencia que usted llama racional e impulsiva, nosotros las llamamos *funcional* y *expresiva*, en el sentido de que la violencia funcional busca conseguir una meta y la expresiva busca expresar un sentimiento.

La violencia de género ha sido entendida por mucho tiempo como una violencia exclusivamente expresiva. Al respecto, gran parte de los aportes del movimiento feminista fue entender que no solamente era expresiva, sino funcional; que había una funcionalidad en la violencia de género, en el sentido de que a través de ella se buscaba obtener ciertas ventajas y dominar ciertos elementos. Esto ayudó mucho a entender la racionalidad, la funcionalidad de esta forma de violencia, que es distinta a las más aparatosas, a las más fuertes.

Un caso que estudiamos recientemente en Venezuela, y que ahora está casi resuelto policialmente, es el de una muchacha que durante cuatro años había sido pareja del jefe de una banda de delincuentes, ladrón y, además, asesino. El individuo la golpeaba fuertemente. Ella no lograba salir y romper el vínculo de pareja, porque si se separaba la iba a matar. Se las ingenió entonces con un amigo para simular un asalto, y que mataran a su pareja. Fue así, lo mataron. Ella declaró que no lograba salir de ese mundo de violencia en el que estaba atrapada, haciendo inclusive declaraciones muy duras, diciendo “Dios sabe cuánto yo hice por no tener un hijo de este hombre”. Así era el rechazo que sentía, y lo atrapada que estaba en la relación de poder. En este caso, lo funcional y lo expresivo de la violencia se mezclan.

Sobre la integración de la comunidad, considero que ese punto es muy importante. Hay estudios en muy distintos lugares que muestran la importancia que tiene la integración de la comunidad o —dicho al contrario— la que tiene la desintegración de la comunidad, y las “incivildades” —por decirlo de alguna manera— que ocurren en el último caso. Me refiero al conjunto de incivildades relacionadas con el desorden del espacio público, con la no apropiación, con la molestia, con el pequeño delito. Gran parte de lo valioso que puede

haber en la teoría de las “ventanas rotas” —la teoría policial y criminal norteamericana—, es la necesidad de control del pequeño delito, de esa cosa chiquita de romper las ventanas, de no integración a nivel urbano. Ese pequeño delito genera un mundo de incivildad y desintegración mucho más marcado. Consecuente con esto, las medidas que logran hacerse a nivel de las comunidades para integración y control, por pequeñas que sean, rinden muchísimo, porque constituyen la introducción de la norma en un contexto donde la norma ha dejado de tener fuerza.

El gran problema es que a veces la desintegración de la comunidad viene acompañada de crimen violento muy fuerte. Entonces, ya no se trata del pequeño delito, ya no se trata de la pérdida de espacio público, sino de individuos que empiezan a tomar posesión del lugar, que tienen armas. En estos casos, el control de la comunidad sobre ellos es muy difícil. No hay mecanismos fáciles para ponerle orden a una banda de muchachos de quince años que están armados, que tienen dinero, que trafican droga. A ellos, los buenos discursos podían haberles servido a los siete años, cuando apenas rompían vidrios; pero cuando ya tienen varios muertos encima, es muy difícil. Ahí, los mecanismos de integración comunitaria no tienen fuerza. Y aun cuando hay acciones comunitarias, como las policías comunitarias, la respuesta es muy difícil. La comunidad intenta controlar algo, pero no puede. Si ni siquiera los padres pueden ponerles orden a los jóvenes, ¿cómo lo harán los vecinos? Pero en una escala menor, cuando el nivel de violencia no es muy fuerte, claro que cumple un papel muy importante.

Modesto Gallo (Universidad Academia de Humanismo Cristiano)

Una pregunta en relación con Venezuela. Usted se refirió a que los delitos...

Dr. Briceño-León: ...homicidios.

Modesto Gallo: ...homicidios, perdón. Según entiendo, una de las variables que se relacionan con la violencia es la desigualdad urbana, y se supone que el gobierno de Chávez es un gobierno que fomenta la igualdad. ¿Qué ha ocurrido durante este periodo? ¿Han aumentado los delitos durante el régimen chavista?

Dr. Briceño-León

Hay un libro, *Violencia en Venezuela*, que justamente intenta responder eso. Yo lo he discutido mucho con los ministros en Venezuela, porque si en la hipótesis que ellos manejan la violencia tiene que ver con la pobreza, con la desigualdad, con el desempleo, y en Venezuela, según la estadística oficial, esas situaciones han disminuido, ¿cómo se explica el aumento de la violencia?

Creo que hay dos tipos de explicaciones. Algunos de los componentes mencionados no son del todo ciertos: en Venezuela no ha disminuido la desigualdad, como se puede alegar. En Venezuela ha disminuido el desempleo, pero no ha aumentado el empleo. Ha disminuido el empleo, porque se regala mucho dinero, se reparte dinero, y la gente, entonces, deja de salir a buscar trabajo y no aparece en las encuestas como buscando trabajo; pero eso no significa que tenga empleo. O sea, hay ocio.

Hay, además, un componente muy *sui generis* de Venezuela, muy específico, el cual no he presentado acá porque tiene que ver con Venezuela y es netamente un componente político: el gobierno de Chávez decidió —quizá lo único permanente que ha tenido— no reprimir, para no aparecer como un gobierno represivo. La decisión de no reprimir implicó simplemente un incremento de la impunidad y la desprotección ciudadana, y que los delitos y la violencia aumentarían. Hace dos años, en una de mis discusiones con un ministro, yo le decía: “Toda política de seguridad tiene que tener un componente de orden, de control social”. Tiene que tener componentes preventivos, pero también componentes de represión. Porque frente

a individuos armados, necesitas dar una respuesta similar a lo que estás enfrentando.

Un segundo componente del caso venezolano es una inmensa discontinuidad en las políticas de seguridad ciudadana. El gobierno no ha tenido políticas. Chávez tiene nueve años en el gobierno y ha mencionado siete veces el problema de la inseguridad y la violencia. Siete veces en nueve años, y no es un Presidente que hable poco [Risas]. De las siete veces, en dos oportunidades se ha referido a cuando mataron a una médico cubana, haciendo comparación con Cuba. O sea, se ha referido a cuestiones políticas, no al problema mismo de la violencia. Ha existido una gran ambigüedad. El Presidente dice: “Si la gente roba por hambre, eso no está mal”. Y eso es un asunto delicado. Podemos decirlo aquí, pero si un Presidente lo dice, las cosas se vuelven complicadas.

De todos modos, su ministro de Seguridad Ciudadana, al mismo tiempo que se decía eso, decía que en Venezuela, en lo que iba del año, ya la policía había matado a más de dos mil pre-delincuentes... Concepto muy novedoso ¿no? Ha existido entonces, al mismo tiempo que las declaraciones de Chávez, una acción policial muy violenta. Hay una gran ambigüedad en mensajes como este.

Otro caso: en el año 2006, un ministro que tenía ideas, que intentaba hacer cosas, que escuchaba y llamaba a gente, lanzó un plan para desarmar a la población. La misma semana, el Presidente apareció en cadena nacional entregándole fusiles AK —Avtomat Kalashnikov— a la población civil reservista.

Adicionalmente, hay un componente de orden político: en Venezuela hay un elogio sistemático de la violencia y de los violentos. No es posible pensar que si uno hace un elogio de la violencia no va a tener una sociedad violenta. El Presidente dice que no es verdad que la violencia sea el arma de los que no tienen razón, esto último algo que se les enseña a los niños en las escuelas. Dice que la violencia es un medio con el cual se pueden conseguir cosas. También habla de que la suya es una revolución pacífica, pero armada. Todo el lenguaje político es un lenguaje militar: el partido está organizado por batallones, escuadrones y comandos; sistemáticamente se habla de la guerra de cuarta generación y de la guerra asimétrica. Hay todo un lenguaje de guerra y de elogio de la violencia, y además hay un elogio sistemático a los violentos. El programa de desempleo en Venezuela ahora se llama “Che Guevara”, los programas en el interior del país tienen nombres de guerrilleros. Todos esos son mensajes que van llegando a la sociedad. Hay demasiados mensajes contradictorios, de elogio a la violencia. En 1998, cuando Chávez estaba en plena campaña electoral, en Venezuela se cometieron 4.550 homicidios. Esto fue subiendo todos los años, y en el año 2003 se llegó a 11 mil y algo homicidios. En 2004 se prohibió dar información oficial sobre los homicidios. La retiraron de las páginas web, de las páginas de los ministerios.

Una asistente

En la comparación entre lo público y lo privado, eché de menos la comparación entre la casa y la calle. En el tema de la violencia contra la mujer, lo que se ha establecido en estos últimos años es que el hogar es el espacio más violento para las mujeres. Eso es el femicidio. Las mujeres mueren a manos de su pareja o de los hom-

bres con quienes se supone tienen mayor confianza. Las mujeres no mueren en el espacio público, la violencia contra la mujer no se realiza en forma multitudinaria en los espacios públicos. Eché un poco de menos ese análisis en la presentación. En el tema específico de violencia y género, el hecho de que el hogar sea el espacio más violento es una variable que durante estos últimos años ha tomado mucha importancia.

Dr. Briceño-León

Es cierto... Por ejemplo, si se examina la relación entre victimario y víctima, aparece que, en el caso de las mujeres, en general la víctima tiende a conocer al victimario. En el caso de los hombres eso existe también, pero en un porcentaje mucho menor. Eso marca muchísimo la relación.

¿Cómo llega una pareja al punto del homicidio? Cuando hablo de esto, no me refiero a rasgos singulares o psicológicos de cada quien, sino a hechos sociales, a dinámicas sociales. Es importante examinar esas dinámicas, porque hay en ellas un elemento oculto, que es el hombre violentado o golpeado. En Australia se hizo uno de los pocos estudios sostenidos y serios de búsqueda del hombre violentado y lo que se encontró fue que si la violencia de la mujer fue callada, el hombre víctima de la violencia es más callado aún. Eso es lo que aparece en ese estudio, que muestra cómo la cultura masculina impide que el hombre diga que lo golpearon. Intentaron abrir oficinas para que fueran a denunciar a la mujer que los golpeaba, y no iban. No sé cómo será en Santiago, pero si en Caracas a un hombre se le ocurre ir a la policía y denunciar que una mujer le pegó, nunca más podrá entrar al bar de la esquina. Su masculinidad se desbarata.

Lo que intento decir es que hay un conflicto de pareja que me parece necesario analizar y estudiar, e intento abogar por una perspectiva en la cual la violencia de género no sólo se vea como violencia del hombre hacia la mujer, sino como una violencia de pareja, de *interacción* entre los dos, en la cual ambos componentes entran y se potencian.

Si se quiere buscar verdaderas salidas, hay que buscar los mecanismos de relación de pareja que no tengan un pasaje a actos violentos. Las medidas protectivas son muy importantes, pero eso no es realmente lo que ayuda a solucionar el problema. Eso es lo que gran cantidad de mujeres le dice al policía: “Sí, me golpeó, pero no se le lleve”, “si usted lo mete preso, ¿de dónde cómo?”, “si se lo lleva preso, pierdo mi matrimonio”. Es la interacción en la cual se está entrapado, y hay que buscar salidas para construir una relación mucho más humana, más correcta, y así evitar que siga siendo ese infierno.

Una alternativa es la protección policial, que es muy importante en ciertos casos, cuando se decide que no hay más matrimonio: medidas de protección policial con las que se asegure que él no entre a la casa, que se mude a otro lado. A veces eso es necesario, pero lo que yo estoy buscando es una forma de entender lo que sucede previamente, para descubrir cómo hacer para que el matrimonio siga. Cómo se puede trabajar, si se quiere que el matrimonio siga.

“Perspectiva de género, violencias y territorio”, Taller de Capacitación para Funcionarios Municipales

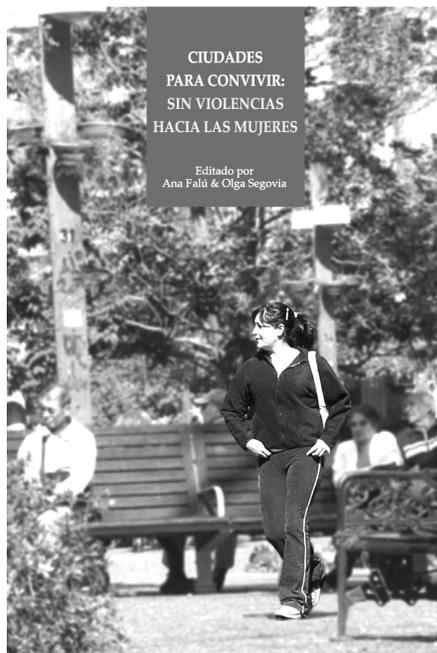
El Taller de Capacitación para Funcionarios Municipales “Perspectiva de género, violencias y territorio” forma parte de las actividades que SUR realiza en el marco del Programa Regional “Ciudades sin Violencia hacia las Mujeres, Ciudades Seguras para Tod@S”, de UNIFEM, Oficina de Brasil y países del Cono Sur, financiado por AECID.

Este Taller se propone entregar herramientas para la incorporación de una perspectiva de género en las prácticas sociales y en la gestión del municipio, como parte de una política local sistemática que contribuya a la equidad y genere desarrollo. El resultado esperado es la formulación, por parte de las y los participantes del Taller, de un plan de seguridad ciudadana municipal con perspectiva de género para ser aplicado en sus comunas. La metodología del Taller articula el trabajo teórico-conceptual en torno a contenidos específicos, con la práctica de los participantes en sus respectivas áreas de trabajo mediante ejercicios de aplicación. Los contenidos abordados son conceptos y herramientas para la incorporación de una perspectiva de género en las prácticas de trabajo; seguridad ciudadana y no violencia hacia las mujeres; seguridad ciudadana con perspectiva de género.

El Taller, que contempla cuatro módulos, se desarrolla de abril a agosto de 2008, en la sede de SUR. Participan en él funcionarios y funcionarias de las municipalidades de Cerro Navia y La Pintana, que operan en distintos niveles y ámbitos de acción.

El equipo docente, coordinado por Marisol Saborido, apoyada por Melissa Fernández, ambas de SUR, está compuesto por Alejandra Valdés, consultora, especialista en género y políticas públicas; Enrique Oviedo, sociólogo experto en temas de seguridad urbana; José Olavarría, investigador en temas de género de CEDEM; y Liliana Rainero, coordinadora de la Red Mujer y Hábitat de América Latina, CISCOSA, Argentina.

Para más información, dirigirse a Marisol Saborido: marisolsaborido@sitiosur.cl / marisolsaborido@gmail.com /



PUBLICACIÓN DISPONIBLE A PEDIDO

Ana Falú y Olga Segovia, eds. *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres*. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 2007. 220 páginas.

El libro recoge las intervenciones del Seminario Internacional “Ciudades sin violencia para las mujeres, ciudades seguras para todas y todos”, realizado en Santiago de Chile en agosto de 2006, en el marco del Programa Regional de UNIFEM. Presenta distintos avances en la discusión y debate sobre la violencia urbana en una perspectiva de género, y plantea estrategias y enfoques dirigidos a contribuir al diálogo político y técnico entre distintos actores gubernamentales y sociedad civil sobre esta problemática.

Para más información, dirigirse a Viviana Cavieres:
corporacionsur@sitiosur.cl

TEMAS
SOCIALES

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación
José M. Infante 85 Providencia • Fono: (56-2) 236 0470 • Fax: (56-9) 235 9091
SANTIAGO DE CHILE
<http://www.sitiosur.cl>